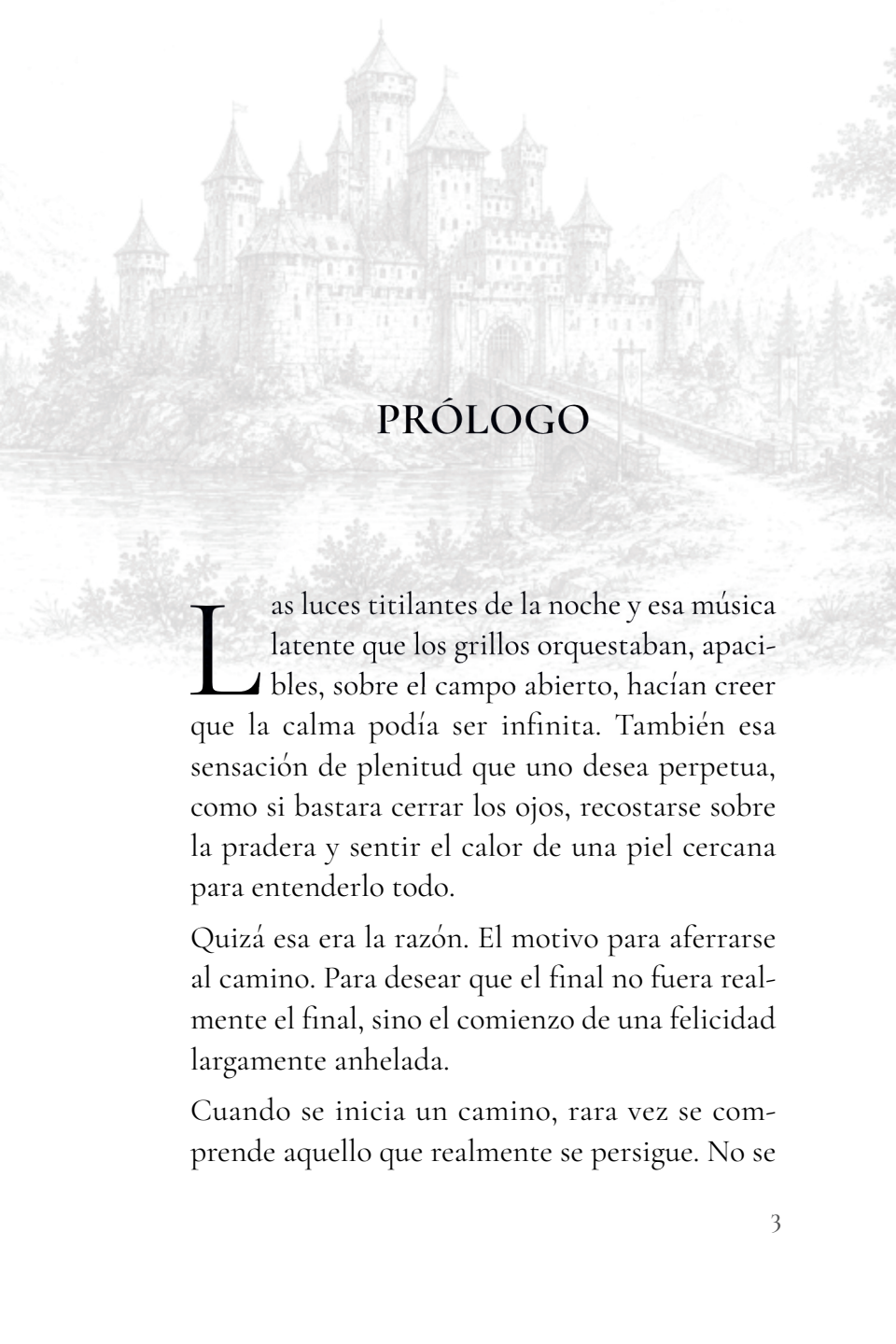




PRÓLOGO

Las luces titilantes de la noche y esa música latente que los grillos orquestaban, apacibles, sobre el campo abierto, hacían creer que la calma podía ser infinita. También esa sensación de plenitud que uno desea perpetua, como si bastara cerrar los ojos, recostarse sobre la pradera y sentir el calor de una piel cercana para entenderlo todo.

Quizá esa era la razón. El motivo para aferrarse al camino. Para desear que el final no fuera realmente el final, sino el comienzo de una felicidad largamente anhelada.

Cuando se inicia un camino, rara vez se comprende aquello que realmente se persigue. No se

prevén las dificultades, ni que cada obstáculo terminará entregando la fortaleza necesaria para continuar. Se persiguen sueños, se persiguen ilusiones. Se avanza tres pasos y se retroceden dos, mientras el mundo continúa girando indiferente.

Y aun así, dentro de ese mundo inmenso, cada persona encapsula un universo propio. Un universo donde cada herida parece definitiva y cada piedra en el camino aparenta ser eterna, sin alcanzar a comprender que, fuera de sí mismo, aquella piedra no es más que un grano de arena perdido entre millones.

Te reflejas en el agua y observas cómo las ondas comienzan a deshacer tu reflejo. El viento las empuja sin detenerse, recordándote que todo continúa moviéndose, incluso aquello que parece inmóvil. Y entonces entiendes que el ruido del mundo no es más que millones de voces intentando encontrar paz para sus propios universos.

En medio de esta calma está ella, quien vestía de rosa y sonreía con una serenidad imposible de ignorar. Sus ojos parecían contener una luz ajena al mundo, una claridad capaz de atravesar

el miedo, el cansancio y las dudas acumuladas a lo largo del camino.

Representaba el destino que tantos buscan sin comprenderlo. El pasaje heroico y delicioso del amor. La reina de los sueños que guía el alma hacia territorios desconocidos, allí donde la razón pierde fuerza y sólo permanecen las emociones más profundas.

Y allí permanecía el caballero, inmóvil, respirando el aire puro de la noche. Armado de ilusiones frágiles, decidido a proteger sus sueños de las garras del olvido y de la inevitable maldición del despertar. Dispuesto a enfrentar la vida, la pérdida y la muerte misma con tal de conservar intacta aquella sensación de plenitud que, aunque efímera, lograba hacer soportable el peso de existir.

Porque quizá todos comienzan creyendo que buscan respuestas, cuando en realidad sólo buscan algo capaz de dar sentido a sus heridas.

A pencil sketch of a man with spiky hair, seen from the back and side. He is wearing a dark cape over a tunic with armor on his shoulders and forearms. He is standing in a stone archway, looking out at a landscape. In the distance, a large castle with multiple spires and towers sits atop a hill. The foreground shows some trees and a body of water or a path. The style is a light, sketchy drawing.

I

Se encontraba sentado frente a la ventana. Tomó aire con profundidad antes de dejar descansar la cabeza sobre la enorme silla. Entonces levantó la vista y, por primera vez, se dio cuenta de que estaba solo.

Sintió un vacío profundo. Uno tan inmenso que comprendió, de golpe, que había vivido encerrado casi toda una vida.

Miró a través de aquel enmarcado escenario exterior y percibió algo que jamás había notado

realmente: afuera existía un mundo vivo. Inmenso. Desconocido. Y como si despertara abruptamente de un sueño demasiado largo, entendió que nunca había salido de aquel palacio.

La certeza lo golpeó de pronto.

Se puso de pie casi por impulso y, en medio del silencio, se dijo a sí mismo:

—Es hora de salir.

Se puso su armadura y, al acercarse a la puerta, en su interior sentía algo difícil de explicar, como un freno. Comenzó a dudar.

Entonces escuchó una voz calmada, apacible y extrañamente familiar.

—¿A dónde vas, caballero?

La pregunta resonó en el enorme salón y trató de buscar con la mirada de dónde venía aquella voz.

—¿De verdad quieres abandonar la seguridad de este lugar por aquello que ni siquiera conoces?

El caballero se detuvo de golpe.

Bajó la mirada y respiró entrecortadamente. Por un instante, el silencio del palacio pareció envolverlo nuevamente. Luego levantó la vista y giró la cabeza para observar la ventana. La clari-

dad del día atravesaba las enormes praderas que se extendían más allá de los muros.

Sintió algo extraño en el pecho.

—¿Es acaso que nunca podré volver? —preguntó en voz baja.

No hubo respuesta.

El silencio fue inmediato y absoluto.

Miró la puerta una vez más, pero esta vez su decisión fue más fuerte que el miedo.

Entonces abrió las enormes puertas de madera con ambas manos, empujándolas con fuerza.

La luz del sol iluminó su rostro mientras las pesadas puertas chirreaban bajo la resistencia del tiempo.

Cerró los ojos e inspiró profundamente, llenando sus pulmones de aquel aire diferente.

Y antes siquiera de cruzar el umbral, comprendió que ya no importaba si algún día pudiera volver. Había algo más fuerte que el miedo guiándolo hacia adelante. Algo que no lograba entender... pero que, en lo más profundo de su alma, sabía que era correcto.



II

Comenzó a avanzar por el sendero con pasos firmes, mientras las enormes puertas del palacio comenzaban a perderse en la distancia.

La brisa tibia agitaba su cabello y el calor del sol atravesaba la armadura, envolviendo su cuerpo con una energía reconfortante que parecía impulsarlo hacia adelante. Por primera vez sentía algo distinto latiendo en su interior.

Respiró profundamente. El aire tenía aroma a tierra húmeda, flores silvestres y agua fresca.

Observó el paisaje y quedó maravillado por su inmensidad.

Hasta ese momento jamás había comprendido lo pequeño que era el palacio.

Las praderas parecían extenderse infinitamente más allá del horizonte, cubiertas por interminables manchas de color. Flores rojas, amarillas y violetas se mecían suavemente bajo el viento, mientras diminutos pétalos flotaban alrededor del sendero antes de perderse entre la hierba alta.

No existían muros. No existían límites. Solo distancia.

Las copas de los árboles se mecían con una calma hipnótica bajo el viento, dejando escapar un murmullo constante entre sus ramas, como si todo aquel lugar respirara en calma.

A la distancia, enormes montañas atravesaban el horizonte bajo un cielo despejado, y desde sus alturas descendían delgadas cascadas que brillaban bajo el sol como hilos de cristal.

El caballero alzó la mirada hacia el cielo inmenso. El cielo parecía interminable. Tan amplio que por un instante sintió vértigo.

Cerca del sendero corrían pequeños riachuelos de agua transparente. El sonido del agua golpeando las piedras acompañaba el ritmo de sus pasos, y pequeños insectos luminosos revoloteaban sobre la superficie como fragmentos errantes de luz.

Respiró profundamente una vez más. Y por un instante dejó de pensar. Solo caminó. Y mientras más avanzaba, más sentía que algo dentro de él también comenzaba a abrirse. Sonrió.

La armadura sobre su cuerpo le hacía sentir protegido. Importante. Preparado para enfrentar aquello que existiera más allá de los límites de su antiguo hogar. Incluso los latidos de su corazón parecían acompañar la armonía del paisaje.

Tras un largo trecho, movido por una extraña inquietud, volteó la mirada. El palacio apenas se distinguía ya en el horizonte. Se detuvo. Algo en él parecía diferente.

Las altas torres que en sus recuerdos lucían majestuosas ahora se veían oscuras y silenciosas. Sus muros parecían envejecidos. Abandonados. Como si llevaran muchísimo tiempo vacíos. Frunció el ceño. No comprendía cómo jamás había percibido aquello.

Permaneció observándolo unos segundos más, intentando reconciliar la imagen que conservaba en su memoria con aquello que veía a la distancia. No sabía si el cambio estaba en el palacio... o en él.

Al regresar la vista al sendero, notó algo más. El camino ya no era tan limpio como al comienzo. Pequeñas grietas comenzaban a atravesar la tierra y la vegetación comenzaba a cubrir las piedras del sendero, como si la naturaleza intentara recuperar aquello que durante años había permanecido intacto.

Los colores seguían presentes, pero habían perdido parte de su intensidad. El viento también parecía distinto. Más frío. Más incierto. El caballero redujo el paso. Miró hacia adelante. El sendero seguía extendiéndose hasta perderse en la distancia.

Miró hacia atrás. El palacio casi había desaparecido.

Sintió un nudo en el pecho. Por primera vez desde que había cruzado las puertas, dudó.

—¿Qué estoy haciendo...? —murmuró.

El silencio del paisaje pareció volverse más pesado a su alrededor. Sus ojos terminaron descendiendo hacia el sendero agrietado.

—¿Para dónde voy...?

Continuó avanzando, aunque ahora sus pasos eran más lentos. Más cautelosos.

Hasta que, a lo lejos, divisó algo que jamás había visto fuera de su propio reflejo sobre el agua cristalina de los ríos.

Una persona.